

Color en la periferia

Escribo desde la mirada averiada mía, pues no concibo otra forma de contar que hay unos muchachos en una montaña al sur de la ciudad que viven, hacen muecas, lanzan fuego de sus bocas y cantan. No puedo, no porque no quiera, solo que me resulta más fácil hacerlo desde acá, desde la comodidad de mi habitación, pensando en las luces de las calles atestadas por adolescentes en motos sin cascos y niños en bicicleta, uno en el galápago y otro en la barra, con sus gorras planas echadas para atrás.

Son cerca de las siete de la noche. Paramos un taxi. *Nos lleva al polideportivo del Alfonso López, por favor*, le decimos al conductor. En mi maleta una cámara, un micrófono, cables y el vestuario con el que actuaré esta noche. De Albania vienen los compañeros del grupo de teatro, seguro ya están allá.

Cuesta creer que se deba tomar un taxi solo para llegar a un sitio que queda cuatro cuadras más abajo de la casa de uno. Pero así es la vida. El tiempo y la distancia en una ciudad como Popayán, donde es más importante el color de una pared del centro a las paredes de cartón o tabla de las periferias, son y hacen lo que se les da la gana.

No hay nadie. Le pedimos al taxista que nos dé una vuelta a al polideportivo por si las dudas, pero no podemos pretender que nos espere. Nos bajamos. Es la mínima, joven.

En una esquina del polideportivo hay panadería. Queremos entrar. Uno nunca sabe lo que pueda ocurrir.

-Buenas noches, señor. Dos gaseosas y mil de ese pan que está allí -le digo al tendero-. Pero ¿podemos entrar?

-No, aquí cerramos a las 7 de la noche -me dice, y baja la cortina metálica del lugar.



Hay que solucionar esto pronto, así que nos vamos a la otra esquina, donde hay un señor de unos sesenta años. Atiende un quiosco de chance y recargas. Es una imagen de una desolación extraña. Solo está él, acompañado de papелitos pequeños, un bolígrafo, un aparato de hacer recargas y un bombillo de luz amarilla que por poco toca sus canas.

- ¿Será que podremos tomar un taxi aquí? Casi no pasan, y los pocos que o hacen no paran.

- No creo, mi joven. En la esquina de más abajo, pero pa' allá ni vaya. Eso allá es peligroso.

Decidimos esperar.

Hace unos años viví cerca al Alfonso. Me pregunto qué será que tiene el sur, no solo en la ciudad, sino en el mundo. En estos y otros lugares, cercanos o lejanos. Será que al estar debajo de la estrella cardinal recibe todo el peso, y se ahoga, se estremece, sufre, grita, pero no desfallece, se mantiene en pie a sí y a los de los lados, y los de arriba.

Cuando era un recién llegado, a eso de mis 17 años viví en El Deán, también perteneciente a la comuna seis de Popayán. Bien sabía yo, cuando eran las 11 de la noche de cualquier día, que allá, tras mi ventana la ciudad se quitaba su manto blanco y la ciudad oculta, la ciudad de las paredes grises, y rojas y amarillas, y azules daban su zarpazo y arrancaban las líneas blancas del asfalto.

¿Qué hay más allá de mi ventana? ¿qué es lo que pinta la cal? ¿qué es lo que ve el sabio Caldas? ¿Qué canciones toca la Chirimía de la panamericana? Canciones tristes, quizá.

Y los muchachos de bien, los que entran a la facultad de frac y zapatos lustrados, con gafas oscuras, todos unos gentleman, compran la droga que sale de los barrios, se la meten por sus narices o la expulsan por su boca. Y alucinan. Y en los barrios, la gente no tan bien, se matan y se persiguen, y se busca el dinero y no se



encuentra, como no se encuentra la comida muchas veces, ni el futuro. Y las balas, y los gritos acá, se escuchan.

Y de repente estoy aquí, tecleando a veces sin pensar en qué hay más atrás de esta palabra que escribo en mayúscula: P O P A Y Á N. ¿Qué hay atrás de la palabra, que hay más atrás de la ciudad? O mejor, ¿qué hay oculta en ella? Y recuerdo al muchacho que me pide colillas de cigarrillo en la pileta de la facultad. Tan rebelde él, todo de negro en un sitio tan immaculado. Me lo imagino caminado frente a la catedral, en pleno corazón de la ciudad. Paradójico hablar de corazones, y de pasar por ellos, pues si en realidad lo hiciera otra realidad cantara.

Un carro nos llevó al otro polideportivo, porque hay dos.

Estaba oscuro, pero había música. Eso me recuerda que alguna vez en algún lado, alguien me dijo que cuando no queda nada, queda la música. ¿Qué nos queda en estos lugares ocultos, qué le queda a la periferia?

Sentí miedo, lo acepto. Dejar mi bolso por ahí en un asiento donde cualquiera puede pasar y sacar algo. Porque no se puede negar la realidad. Porque poco a poco nos vamos contaminando y miramos a los hermanos como si estuviesen muertos, incendiados en un infierno al cual los condenamos.

Antes de nosotros se presentan ellos: Periferia Critica. Los niños se ríen y hay un borracho que grita. Voy a la tienda y escucho hablar a un hombre. Dice que los tombos lo pararon y que él les dijo que estaba en libertad condicional, que estaba en la San Isidro, y se fueron.

¡Qué niños pa' inquietos, hola! Y se ríen, y llenan de luz el lugar. Veo a Yamith, el líder comunal y artístico actuar con su cara pintada y su nariz roja. Me contó que se reúnen en la Loma de La Virgen a repasar teatro y a enseñar pintura, y circo, y que los niños leen, que ya no rompen los bombillos del salón comunal. Veo a los otros muchachos actuar. Universitarios ellos, que no tienen miedo, porque no hay que tenerlo.



Y así me doy cuenta que es la vida floreciendo lo que se ve por estas calles pintadas de murales, que las sonrisas son el augurio de mejores amaneceres próximos, que no todo es naufragio, que, desde acá, desde los lugares ocultos, pintados de amarillo, verde, rosa, café, violeta se construye ciudad. Que si, que hay realidades innegables, pero que se trabaja todos los días con amor.

Hay que darle una mirada a la loma... a la Comuna Seis.

Salgo y actuó y los niños se ríen, y al gente aplaude. Hay felicidad en la Periferia, hay colores.